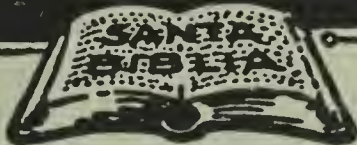


LAP


MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER
BR
7
.M463
no.
433-
529

1962
1961 hasta 1970



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

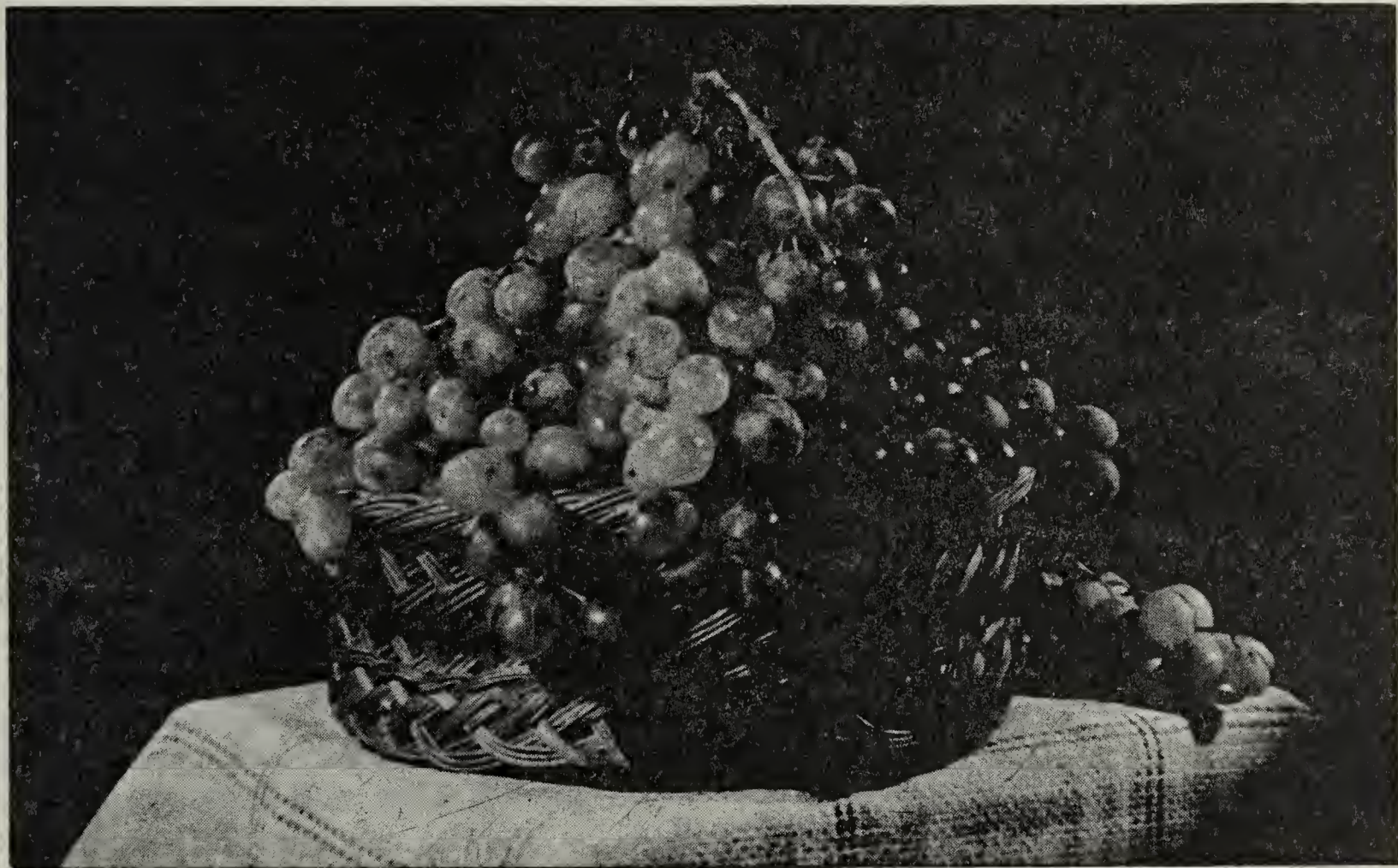
MENSAJES *del amor de* DIOS



Número 461

1 de septiembre de 1964.

“Juré en mi cólera que no entrarían en mi descanso... no pudieron entrar por su incredulidad.”



LA UVA Y LA INCREDULIDAD

Cuán refrescantes son las uvas, tan dulces, tan sabrosas y alimenticias en gran manera.

En la historia del pueblo de Israel, hay algo muy interesante acerca de las uvas, uno de los frutos de la tierra prometida. Que esta historia nos sirva de provecho espiritual.

Doce príncipes de las doce tribus de Israel fueron enviados por Moisés para reconocer la tierra de Canaán, a sus habitantes y su fruto, antes de que los israelitas entrasen en ella para poseerla.

“Era esto el tiempo de las primeras uvas.” Los príncipes reconocieron la “tierra sobremanera buena,” como les había dicho el Señor, que fluía “leche y miel,” y llevaron consigo de su fruto, “racimos de uvas, que trajeron dos en un palo... Y llamaron a aquel lugar Najal-Escol [‘Valle del Racimo’] por el sarmiento de vid que allí habían cortado.” ¡Fíjese, qué racimos de uvas tan grandes que dos hombres tenían que llevarlos en un palo sobre sus hombros! ¡Qué testimonio tan maravilloso y alentador de que la tierra de Canaán

que el Señor ya le había prometido a su pueblo terrenal era muy codiciable! ¿No creyeron, entonces, los israelitas ese testimonio fiel e indudable? ¡Lástima, que no! Salvo Caleb y Josué, los príncipes mismos vituperaron la tierra, diciendo que tragaba a sus moradores, y que todo aquel pueblo que habían visto era de hombres gigantes. Luego toda la congregación quejóse contra Moisés y contra Aarón, alzando gritos, dando voces y llorando toda la noche. ¡Qué gente tan desagradecida e incrédula! Por su incredulidad y rebeldía se encendió la ira del Señor; les dijo que sus chiquitos entrarían en la tierra de Canaán, pero que ellos mismos serían consumidos y morirían en el desierto, salvo Caleb y Josué. (Léase Números, capítulos 13 y 14).

Ahora, querido lector, ¿nos damos cuenta de que hay un pecado mucho más grave que el pecado de incredulidad de los israelitas? ¿Pregunta Ud. “¿cuál es?” Es el pecado de no creer **“el testimonio de Dios, que ha testificado de su Hijo.”** (1ª de Juan 5:9). ¿Qué testimonio nos ha dado Dios con respecto a su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro? ¡Un testimonio magnífico de su bondad infinita y amor inconmensurable! A los hombres de dondequiera, de cualquier nación, pueblo, tribu o lengua, a todos los pecadores de la raza humana, Dios anuncia que por medio de su Hijo Jesucristo hay la oferta de la salvación completa y de balde de sus almas preciosas. **“Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en él, no perezca, sino que tenga la vida eterna. Pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”** (Juan 3:16, 17).

¿No son estas palabras de verdad **“buenas nuevas”** para Ud.? ¿Hay algún testimonio más bendito, más atractivo al corazón del pecador? ¡Dios mismo, contra el cual hemos pecado, proveyendo el sacrificio, aun su propio Hijo muerto por nuestros pecados, y rogándonos que nos reconciliemos con El!

“Reconciliaos con Dios. A quien no conoció el pecado [al Señor Jesús], le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos hechos justicia de Dios” (2ª Cor. 5:20-21).

¡Cuidado que no **“caiga en semejante ejemplo de desobediencia”** como los israelitas que menospreciaron el buen fruto de Canaán y perecieron en el desierto, terminando Ud. su carrera, querido lector, no como un muerto en el desierto, sino como un pecador incrédulo y rebelde en el infierno! **“El que cree en El [Jesucristo, el Hijo de Dios], no es juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo [Cristo es la luz], y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”** (Juan 3:18, 19).

No olvidemos las uvas del valle de Escol. Para nosotros, representan el testimonio que Dios ha dado de su amado Hijo. **“El que no cree en Dios, le hace embustero; porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo”** (1ª de Juan 5:10).

“El que no honra al Hijo no honra al Padre que le envió. En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida.” Jn. 5:23, 24, N-C.

“En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? El, llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, si no os volviereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos” (Mateo 18:1-4, N-C).

“. . . el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de muchos” (Mateo 20:28, N-C).

LAS CONCESIONES DE UN AGNOSTICO

“Tengo que ser franco con Ud. Estas cosas no me interesan en lo más mínimo”.

El que hablaba era un hombre de unos cuarenta años. Ello sucedía en un tren, donde acababa de sentarse junto a varios amigos. Hacía poco rato, le habían dado un librito evangélico titulado “Un Predicador de la Vieja Escuela”.

“Soy agnóstico”, exclamó. “Ya comprenderá Ud. porque esto no me seduce en absoluto”, siguió hablando.

“Aprecio en mucho su franqueza”, díjole el hombre que iba distribuyendo los tratados. “Lo prefiero a una falsa profesión de fe. Y como Ud. ha sido lo suficiente franco de aclararme su punto de vista particular, ruégole que me permita preguntarle algo”.

“Ya lo creo”, fue su respuesta. “Pregunte cuanto desee”.

“¿Es Ud. realmente feliz?”

“Pues . . .” contestó, dudando, “así, así”.

“Así es”, admitió aquel hombre.

“¿Me permite Ud. otra pregunta? ¿Tiene alguna esperanza de felicidad venidera?”

“Ni una remotamente”, respondió. “La única cosa de la cual estoy completamente cierto es que más pronto o más tarde voy a morir”.

“Me agradecería hacerle ver que en unas pocas palabras ha admitido Ud. tres tristes hechos acerca de Ud. mismo: no tiene a DIOS, no tiene GOZO y no tiene ESPERANZA. ¡Todo esto no recomienda por cierto a abrazar el agnosticismo!”

El agnóstico pareció que estaba inclinado a escuchar y su interlocutor prosiguió: “Déjeme decirle lo que, por medio de la gracia de Dios, he recibido por el Evangelio. En primer lugar, he llegado a conocer a Dios — Dios mismo revelado en Cristo, su Hijo amado — como al Dios verdadero y viviente. Después en este conocimiento he experimentado un GOZO real y profundo que va aumentando a medida que los años transcurren. ¡Este gozo ha de

durar eternamente! Además poseo una ESPERANZA segura y cierta, por medio de la obra redentora de Cristo, en el Calvario. Al creer en que su preciosa sangre fue vertida por mí y me ha limpiado, y me hizo apto para el cielo, tengo la seguridad de una bienaventurada eternidad con El. Esto es lo que para mí representa el evangelio. Y todo es ofrecido como un don gratuito a Ud. si recibe a Cristo como a Salvador suyo.”

Movíase intranquilo e intentó evadir el asunto, pero al cabo de unos pocos minutos de silencio, exclamó: “Leeré su Libro. Pienso en que Uds. los cristianos deben hablar a la gente. Es más, están obligados a hacerlo”.

El tren llegó a la estación. El agnóstico declarado se apeó del coche, dejando que el colportor siguiera con su dichoso trabajo. ¿Quién podría decir que aquel encuentro no había sido ordenado por Dios, para despertar un verdadero arrepentimiento hacia El y fe hacia nuestro Señor Jesucristo en un corazón endurecido e incrédulo? Con toda seguridad el tiempo se cuidará de dar a conocer los resultados.

“Por la mañana siembra tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano; porque tú no sabes cual es el mejor, si esto o lo otro, o si ambas a dos cosas son buenas” (Eccl. 11:6).

Querido amigo incrédulo, ojalá Dios hiciera caer de tus ojos la venda de oscuridad, duda e incredulidad. ¡Qué puedas ser traído al conocimiento de El, como a tu DIOS, para poseer el GOZO presente y eterno, y tener aquella ESPERANZA segura e inmutable como sostén de tu alma en vida y muerte.

“Oh vosotros, los sedientos!, venid a las aguas, aun los que no tenéis dinero. Venid, comprad pan y comed, venid, comprad sin dinero” (Isaías 55:1, N-C).

“Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos.” Rom. 5:6, N-C.

Jesús dijo: "Os dije que moriríais en vuestro pecado, porque si no creyereis, moriréis en vuestros pecados" (Juan 8:24, N-C).

**UN ESTUDIO DE
LAS SAGRADAS
ESCRITURAS
SAN JUAN Capítulo 18:4-9, N-C.**

"Conociendo Jesús todo lo que iba a sucederle, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondieronle: A Jesús nazareno. Yo soy. Judas, el traidor, estaba con ellos. Así que les dijo, Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra." (vvss. 4-6).

Quizá nuestro lector no sabe que YO SOY es uno de los nombres del Dios eterno. Cuando Dios se manifestó por primera vez a Moisés en una llama de fuego en medio de una zarza, le dio a saber que su nombre era YO SOY. Esta historia está escrita en Exodo, el segundo libro de las Sagradas Escrituras, el capítulo 3.

Ahora bien, Jesucristo es el Dios eterno, manifestado en carne: "Emmanuel," que quiere decir, "Dios con nosotros" (Mateo 1:23). Así, cuando Jesús les contestó, YO SOY, también les hizo sentir a la vez que El era el Todopoderoso Dios: "retrocedieron y cayeron en tierra." El Señor Jesús hubiera podido irse completamente libre, dejando a sus enemigos aplastados en tierra impotentes y paralizados, pero, no lo hizo. ¿Por qué? Porque nos amaba y no había venido al mundo para juzgarnos, sino para salvarnos de nuestros pecados. Así pues, para poder salvarnos, borrando todos nuestros pecados, era necesario que El mismo muriese por nosotros, pues "la

soldada del pecado es la muerte" (Romanos 6:23) y El estaba dispuesto a recibir el pago más bien que dejar que nosotros lo recibiéramos. ¡Quiera Dios que Ud. conozca el amor tan sublime del Señor Jesucristo!

"Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Ya os dije que YO SOY: si pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos; para que se cumpliera la palabra que había dicho: De los que me diste no se perdió ninguno." (vvss. 7-9). Habiendo dejado el Señor que sus enemigos se levantaran del suelo, volvió a decirles que era YO SOY, pero esta vez para proteger a sus discípulos, lo cual hizo eficazmente para cumplir con su palabra dicha al Padre: "A estos que me has dado, los guardé, y ninguno de ellos pereció."

Cristo es Salvador de los pecadores, aun de los más acérrimos enemigos que se arrepienten; y El es el todopoderoso Protector de los que se han entregado a El. Querido lector, ¿en dónde te hallas? ¿Todavía contra Cristo, quizá, si no un pecador manifestadamente, un enemigo de ánimo, o más bien arrepentido y al lado de Cristo tu buen Salvador y gran Protector? No hay término medio: El mismo ha dicho: "El que no está conmigo, está contra mí" (Mateo 12:30).

**Salvador, a Ti yo acudo,
Príncipe de amor;
Sólo en Ti hay paz y vida
Para el pecador.**

**Cristo, Cristo, tierno Salvador;
Mi humilde ruego escucha,
¡Sálvame, Señor!**

Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950.

SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE.

TODA CORRESPONDENCIA debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial "Mensajes del Amor de Dios".

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

Nótese: todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas "N-C" son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13ª edición, 1963.

